

EVANGELIZACION DE LA CULTURA

1. La interrelación fe-cultura

La palabra "cultura" se usa, de ordinario, fundamentalmente en dos sentidos:

a) antropológico, para designar el cultivo, por cada hombre, de su propio espíritu, no sólo por la vía del simple aumento o acumulación de acontecimientos —eso no pasaría de mera erudición—, sino, más profundamente, por la vía de un desarrollo de la propia personalidad, de la posesión de una síntesis vital de conocimientos y valores, de la apertura a los grandes ideales, a la verdad y al bien, en suma, por la vía del realizarse verdadera y auténticamente como hombre:

b) histórico y etnográfico, para aludir a un sistema o conjunto de tradiciones, creencias, usos, valores, actitudes y modelos de comportamientos propios de un pueblo o de una comunidad determinada, de la que integran el acervo histórico que reciben y transmiten las sucesivas generaciones y constituyen el contexto del vivir colectivo y el ámbito en el que se posibilita la formación y el desarrollo de cada persona singular.

En uno y en otro sentido la cultura dice relación a realidades básicas y, a fin de cuentas, a la comprensión que el hombre tiene de sí mismo, La fe, a su vez, ilumina profundamente esa misma realidad —la comprensión de nosotros mismos y del mundo en que vivimos— ya que nos da a conocer la realidad de Dios y de su amor, dotando de sentido pleno nuestra vida y nuestro destino. De ahí que exista entre una y otra, entre cultura y fe, una interacción profunda, como Juan Pablo II ha puesto reiteradamente de relieve.

Tal vez el texto en el que Juan Pablo II ha expuesto de forma más neta las líneas centrales de su enseñanza sobre las relaciones entre fe y cultura sea el discurso pronunciado en la sede de la UNESCO el 2 de junio de 1980¹, al que ha remitido después en diversas ocasiones, entre las que cabe destacar uno de los discursos que pronunció durante su viaje a España en 1982, concretamente su intervención en el solemne acto académico celebrado en la Universidad Complutense². En ese y en otros discursos el Romano Pontífice expone con frecuencia sus consideraciones haciendo referencia, como es lógico en discursos con ocasiones de viajes y similares, a situaciones y problemas concretos, pero presuponiendo siempre una consideración de fondo.

En todo momento pone de relieve, en efecto, que la cultura presupone y reclama una "visión del hombre integral", captado y comprendido en la variedad de sus virtualidades morales y espirituales, en la riqueza de sus aspiraciones y de su vocación³. Es precisamente ahí donde radica el profundo nexo, la "relación orgánica y constitutiva" que une entre sí fe cristiana y cultura humana⁴. Porque la fe ofrece y aporta esa visión profunda del hombre que la cultura necesita. Ciertamente el hombre puede conocer algo de sí mismo y advertir su dignidad al margen de la fe cristiana, a partir de la pura experiencia humana o de "otras fuentes de inspiración religiosa, humanista y ética"; pero ello no disminuye "la vinculación fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre, en su humanidad misma", y un vínculo de esa naturaleza "es creador de cultura en su fundamento mismo"⁵. En la fe cristiana, la cultura puede encontrar aliento e inspiración; más aún,

¹ Discurso en la sede de la UNESCO, París, 2-VI-1980 (AAS, 72, 1980, 735-752).

² Discurso en la Universidad Complutense a los representantes del mundo universitario y cultural, Madrid 3-XI-1982, nn. 2 y 11

³ Discurso en la Universidad Complutense a los representantes del mundo universitario y cultural, Madrid, 3-XI-1982, n. 11.

⁴ Discurso en la sede de la UNESCO, 2-VI-1980, n.9.

⁵ Ibid, n. 10.

sólo en la fe cristiana puede encontrar fundamento radical y último, pues sólo la fe aporta de modo pleno esa comprensión acabada del hombre a la que toda cultura aspira.

Pero la conexión entre fe y cultura opera también en dirección inversa. La fe no es una realidad etérea y ahistórica que, en un acto de pura liberalidad, ofrezca su luz a la cultura, permaneciendo indiferente a ella. La fe se vive siempre en una situación histórica concreta, de modo que toma cuerpo en ella y a través de ella. "La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida"⁶. La fe compromete al hombre en la totalidad de su ser y de sus aspiraciones. Una fe que se situara al margen de lo humano, y por tanto de la cultura, sería una fe infiel a la plenitud de lo que la Palabra de Dios manifiesta y revela, una fe capitidismuida, e incluso en proceso de autodisolución. La fe, aunque trascienda a la cultura, mejor, por el hecho mismo de trascenderla y revelar el destino divino y eterno del hombre, crea cultura, engendra cultura, y ello en virtud de su propia dinámica.

2. Manifestaciones de la interacción fe-cultura

Un intento de enumeración o al menos de esbozo de las manifestaciones de esa interacción podría llevar a considerar los diversos sectores que implica la vida cultural: pensamiento, arte, usos y costumbres, etc. La misma variedad de realidades a las que habría que hacer referencia, aconsejan no seguir ese camino, que conduciría a una casi absoluta dispersión. Tiene en cambio más interés hacer referencia a dos problemáticas, relacionadas ambas con el uso del término cultural tomado en sentido histórico y en toda su amplitud: es decir, la diversidad de las culturas, tanto en sentido geográfico como cronológico.

En uno y otro sentido el problema de las relaciones entre fe y cultura ha sido objeto de amplia consideración por el Magisterio contemporáneo⁷. Nos limitamos aquí a algunos puntos fundamentales.

a) La difusión de la fe cristiana y la diversidad cultural

La interacción de la fe con las diversas culturas existentes en el mundo, da lugar a lo que, en el lenguaje contemporáneo, se expresa hablando de "inculturación de la fe". La fe, que trasciende las diversas culturas, no está vinculada a ninguna, tampoco a aquella o aquellas en las que se hizo presente en épocas pasadas, vivificándolas desde dentro y asumiéndolas, en uno u otro grado, para expresar el mensaje trascendente del que es portadora. De ahí que, al extenderse a otras culturas, se abra a las características, al lenguaje y a los valores que esas otras culturas implican, para proceder de nuevo a un proceso de asunción y, en su caso, de purificación. Así aconteció en los inicios del cristianismo cuando la fe cristiana, desde el contexto hebreo, se difundió por el mundo y la cultura greco-romana; así ha continuado y continúa aconteciendo con la difusión cada vez mayor del cristianismo.

En continuidad con otros documentos anteriores, la encíclica *Fides et ratio* se refiere también a esta cuestión, en los números 70 y siguientes, de los que entresacamos algunos párrafos, en los que se subraya la riqueza, y también los problemas, que ese proceso implica:

⁶ Discurso en la Universidad Complutense a los representantes del mundo universitario y cultural, Madrid, 3-XI-1982, n. 2, reproduciendo palabras en la carta del 20-V-1982 con la que se constituía el Pontificio Consejo para la Cultura (AAS, 74, 1980, 685), que a su vez retoma palabras pronunciadas en una audiencia concedida el 16-I-1982 al Movimento Ecclesiale di Impegno Culturale (*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. V-1, p. 131).

⁷ Un elenco de los principales textos pueden encontrarse en el documento *Para una pastoral de la cultura*, publicado el 23-V-1999 por el Pontificio Consejo para la cultura

—"El proceso de encuentro y confrontación con las culturas es una experiencia que la Iglesia ha vivido desde los comienzos de la predicación del Evangelio. El mandato de Cristo a los discípulos de ir a todas partes «hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8) para transmitir la verdad por El revelada, permitió a la comunidad cristiana verificar bien pronto la universalidad del anuncio y los obstáculos derivados de la diversidad de las culturas" (n. 70).

—"Las culturas, cuando están profundamente enraizadas en lo humano, llevan consigo el testimonio de la apertura típica del hombre a lo universal y a la trascendencia." (...) "Toda cultura lleva impresa y deja entrever la tensión hacia la plenitud. Se puede decir, pues, que la cultura tiene en sí misma la posibilidad de acoger la revelación divina" (nn. 70-71).

—"Los cristianos aportan a cada cultura la verdad inmutable de Dios, revelada por El en la historia y en la cultura de un pueblo. A lo largo de los siglos se sigue produciendo el acontecimiento de que fueron testigos los peregrinos presentes en Jerusalén el día de Pentecostés." (...) "El anuncio del Evangelio en las diversas culturas, aunque exige de cada destinatario la adhesión a la fe, no les impide conservar una identidad cultural propia. Ella no crea división alguna, porque el pueblo de los bautizados se distingue por una universalidad que sabe acoger cada cultura, favoreciendo el progreso de lo que en ella hay de implícito hasta su plena explicitación en la verdad" (n. 71)

—"El anuncio que el creyente lleva al mundo y a las culturas es una forma real de liberación de los desórdenes introducidos por el pecado y, al mismo tiempo, una llamada a la verdad plena. En ese encuentro, las culturas no sólo no se ven privadas de nada, sino que por el contrario son animadas a abrirse a la novedad de la verdad evangélica recibiendo incentivos para ulteriores desarrollos" (n. 71).

En síntesis puede decirse que Juan Pablo II subraya los siguientes puntos:

- a) la verdad suprema de la revelación cristiana, que no está subordinada a ninguna expresión cultural y por tanto se abre a todas ellas, pudiendo hacerse presente en todas ellas;
- b) la fe se hace presente en las diversas culturas —al igual que en cada hombre— con toda su fuerza iluminadora y vivificadora: no se somete a las culturas sino que las transforma desde dentro;
- c) el proceso de inculturación implica, en consecuencia, sea una purificación de la cultura de los elementos menos nobles (herencia del pecado) que hubiera en ella, sea una potenciación de los elementos positivos que la caracterizan;
- d) el fruto de ese proceso es, en suma, un enriquecimiento de las culturas y, en la medida en que éstas son variadas, una manifestación de la universalidad de la fe que, permaneciendo una en sí misma y en su contenido (la verdad de Dios revelada en Cristo), asume y vivifica experiencias humanas diversas entre sí.

b) Pervivencia de la fe y desarrollo cultural

Pero las culturas no son realidades fijas e inmutables, sino vivas y, por tanto, conocedoras de desarrollos y de evolución. "Las culturas —afirma la *Fides et ratio*—, estando en estrecha relación con los hombres y con su historia, comparten el dinamismo propio del tiempo humano" (n. 73). El proceso de información de una cultura por la fe cristiana y de asunción por parte de la fe de los valores que esa cultura implica, es, en ese sentido, un proceso nunca acabado o, para ser más exactos, en constante renovación. Si bien, obviamente, una vez que se ha producido una síntesis más o menos lograda —la perfección y la plenitud no se alcanzan nunca en la historia— entre la fe y una determinada cultura, la presencia y acción de los cristianos, y con ellos y a través de ellos de la fe, no puede, propiamente hablando, calificarse de inculturación (de hecho no suele hacerse así), sino más bien de actualización progresiva de las virtualidades de la fe en un contexto que ya la ha recibido o

—por acudir a una expresión usual en Juan Pablo II— de constante reentronque con las raíces cristianas de la cultura en la que se vive y con la que se evoluciona.

Es patente por lo demás que en ese proceso de desarrollo histórico de las culturas hay momentos de desigual importancia. Más aún, momentos en los que puede decirse que, en el interior de una cultura, pueden producirse modificaciones tales que autoricen a hablar de crisis e incluso de cambios epocales y de tránsito hacia situaciones radical o, al menos, profundamente diversas, ya que la constelación cultural anterior se resquebraja y desarticula dando paso a lo que puede ser descrito, hablando con propiedad, como una nueva cultura.

Así ha acontecido repetidas veces a lo largo de la historia, también en contextos en los que estaba presente la fe cristiana. El ejemplo más característico es, sin duda, el hundimiento del Imperio Romano de Occidente para dar paso a la civilización medieval en la que la herencia grecorromana se entremezcló con las tradiciones germánicas y celtas, junto con experiencias humanas provocadas por los cambios sociales acontecidos, y en el que la fe cristiana actuó como factor no sólo integrador del conjunto, sino incluso como verdadero agente aglutinador.

Desde esta perspectiva del cambio histórico, la coyuntura contemporánea reviste una significación especial, ya que los grandes desarrollos científicos y tecnológicos, unidos a la globalización de las relaciones que esos desarrollos han hecho posible y provocado, han causado cambios de singular importancia y permiten augurar otros de no menor envergadura. Todo ello, además, en un contexto marcado por los procesos intelectuales y espirituales experimentados por la civilización occidental, en los que fermentos de origen cristianos se entrecruzan con gérmenes de secularización y de ateísmo. De ahí una situación marcada por la "existencia de contradicciones"⁸, que reclaman un discernimiento no siempre sencillo.

3. La información de la cultura como empeño y tarea

En todo lo que precede se ha hablado en términos generales de fe y cultura. Es obvio sin embargo que ni la una ni la otra son entidades abstractas: ambas se hacen presentes en el hombre. Hablar de información por la fe de las diversas culturas o de vivencia desde la fe de los cambios culturales es, por tanto, algo que remite al cristiano concreto en el que fe y cultura se unen. ¿Qué reclaman esos procesos de ese cristiano, hombre o mujer, concreto?

Ante todo, como es obvio, no sólo presencia, sino participación viva en la propia sociedad, sintonizando con sus tradiciones, sus desarrollos y sus problemas. Pero esa realidad, siendo imprescindible, no pasa de ser, a fin de cuentas, un presupuesto: el proceso de vivificación cristiana de la cultura acontece desde la fe, que es en consecuencia el factor decisivo. Y esto a su vez implica dos exigencias, que podemos formular acudiendo al ya citado discurso que pronunció Juan Pablo en la sede de la UNESCO el 2 de junio de 1980:

a) En primer lugar, y ante todo, una vivencia real de la fe. Precisamente porque las relaciones entre fe y cultura no son relaciones de exterioridad, de dominio, de imposición, sino de comunicación vital, el requisito imprescindible para esas relaciones es, primaria y básicamente, una fe "fielmente vivida", hecha carne de la propia persona, capaz por tanto de informar, sin violentarlas, todas las dimensiones del existir.

b) Pero si esa condición es necesaria, no es suficiente: esa fe ha de ser además "totalmente pensada", captada racional y reflejamente en la plenitud de sus riquezas e implicaciones. En suma, una fe que

⁸ Es la expresión a la que ha acudido en diversos momentos Juan Pablo II: cfr. Encs. *Redemptor hominis*, nn. 16 y 17, y *Evangelium vitae*, nn. 18 y 69.

engendre un pensar cristiano y, por tanto, que desemboque en teología y filosofía y se nutra de esos saberes.

Sin ese pensar cristiano en efecto, una información cristiana de las realidades temporales y, en consecuencia, de las culturas, ya que de ese pensar derivan el discernimiento crítico, la posibilidad de expresar plena y exactamente lo que se piensa, la aptitud para analizar cuestiones, en suma, esa capacidad para entrar en diálogo con tradiciones, problemas y ciencias que es condición indispensable para el desarrollo cultural.

Pablo VI, en un discurso destinado a hablar de las relaciones entre teología y Magisterio, señaló la importancia del papel de la teología en el proceso de evangelización, entendida en sentido pleno, es decir, anuncio del Evangelio que llega a sus últimas consecuencias, ya que —fueron sus palabras— es tarea propia de la teología proceder, "mediante una diligente interpretación de la cultura contemporánea o de la experiencia humana", a "analizar y resolver con la luz que dimanan de la historia de la salvación las cuestiones que esa cultura y esa experiencia plantean", ofreciendo así al Magisterio y a la Iglesia en su conjunto una ayuda imprescindible⁹.

Juan Pablo II, en un contexto más amplio y desde una perspectiva no ya eclesiológica sino antropológica y epistemológica, recalca esa misma realidad en la *Fides et ratio*, cuando recuerda a todo creyente la necesidad de no separar, sino al contrario unir fe y razón¹⁰, y después cuando, dirigiéndose en concreto a filósofos y teólogos, les insiste, a los primeros, en la necesidad de proceder siempre abiertos a la fe y a cuanto la fe enseña, y, a los segundos, en la necesidad de no limitarse a la mera descripción de lo creído o al mero comentario de los textos sino dar vida a una teología que vaya a la raíz de lo creído y, por tanto, que explicité su contenido metafísico, mostrando así todas sus implicaciones¹¹.

El desarrollo de la filosofía y la teología, con la capacidad de pensar que presuponen y promueven y, más ampliamente —porque la información cristiana de la cultura no es tarea de especialistas sino fruto del vivir del conjunto de la comunidad de los creyentes—, la unidad de vida intelectual son, presupuesta la hondura humana y cristiana del sujeto, la condición necesaria y adecuada para la efectiva información por la fe de los desarrollos culturales, por muy complejos que sean.

José Luis Illanes.

BIBLIOGRAFÍA

Teología Dogmática

- JUAN PABLO II, Ex. ap. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 44; Enc. *Redemptoris missio*, 7-XII-1990, nn. 52 y 54; Enc. *Fides et ratio*, 14-IX-1998, nn. 70-73;
- CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 57;
- PONTIFICIO CONSEJO PARA LA CULTURA, Documento *Para una pastoral de la cultura*, 23-V-1999, n. 4 (este documento cita los principales textos del Magisterio pontificio sobre la materia);
- J. RATZINGER, *La fe cristiana ante el desafío de las culturas*, en «Ecclesia» (México) 4 (1993) 369-386;
- A. BYRNE, *Some ins and out of inculturation*, en «Annales Theologici» (1990/1) 109-149.

⁹ Discurso en la clausura del Congreso de Teología del Concilio Vaticano II, 1-X-1966.

¹⁰ Es la enseñanza formulada en la frase inicial de la encíclica ("la fe y la razón son como las dos alas con las que el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad") y luego constantemente reiterada a lo largo del documento.

¹¹ Son, de nuevo, dos enseñanzas constantes en la encíclica. A modo de ejemplo puede verse respecto a lo primero los números 45 y 76, y a lo segundo los números 66 y 94.